

Para bien o para mal, la ciencia y la tecnología constituyen el alma de la cultura contemporánea. Los científicos y los técnicos son asimilables a los sacerdotes que conocen los secretos del templo. Hasta hoy las mujeres no comparten ese conocimiento, y las ciencias actuales padecen una enajenación cultural que no se puede curar con poderes ordinarios. En otras palabras, el sueño ideal feminista de un mundo sin discriminación sexual no será realidad mientras las mujeres no hagan más que supervisar el mundo que han ayudado a construir desde un lugar secundario, sin poder decidir nada.

En un momento de la historia en que son necesarias todas las mentes brillantes para crear un futuro mejor para los pueblos, la mitad no es suficiente. Como los demás recursos naturales, la capacidad intelectual no es infinita, por lo que se hace imprescindible aprovechar los cerebros disponibles como la inteligencia de las mujeres, una riqueza que no ha dado sus frutos todavía, por haber sido ignorada adrede para exaltar la capacidad reproductora, que como todo hecho biológico no requiere inteligencia.

Las ciencias no son una excepción en la discriminación sexual que permea en todas las actividades humanas. No existe ninguna razón válida, desde el punto de vista científico, para que las mujeres no se desempeñen en esa esfera. En general, la ciencia no exige una resistencia física extraordinaria, ni encierra riesgos peligrosos mayores de los que soportan las mujeres varias veces en su vida en la

Movimiento feminista

María Elena Oddone

La inteligencia femenina y las ciencias

tarea de tener los hijos. Existen muchos otros impedimentos creados artificialmente que obedecen al propósito deliberado de desviar las energías intelectuales de las mujeres hasta anularlas. El argumento más empleado para relegarlas a un segundo plano —tanto en la ciencia como en otras actividades intelectuales— es el de que las mujeres carecen de capacidad creadora y que les falta "la chispa del genio". Como apoyo a esta hipótesis se cita el limitado número de mujeres que han conseguido destacarse en las ciencias, particularmente en las matemáticas. La fundamentación es endeble, teniendo en cuenta que también son pocos los hombres que han hecho grandes descubrimientos, y el número de hombres que se dedican a la carrera científica es inferior al de muchas otras disciplinas.

• La capacidad creadora

Para entender las razones de la ausencia notoria de las mujeres en las ciencias se hace necesario saber cuál es la imagen del "hombre de ciencia" que se ha impuesto en la sociedad. Un estudio realizado por Ann Roe sobre hombres de ciencia eminentes (*The making of a scientist 1952*) dice: "La necesidad de competir sobre la base de la prioridad en los resultados hace que el investigador altamente creati-

vo no sea necesariamente el de mayor inteligencia —aunque ésta deba ser superior a la media—. En cambio, sí necesita de una considerable persistencia en el esfuerzo, unida a una intensa canalización de todas las energías mentales a su trabajo. La inteligencia y la imaginación, por sí solas, no son suficientes para hacer un buen científico; hacen falta también una gran concentración en el trabajo y un formidable empuje".

Este perfil del investigador científico es opuesto a las características psicológicas que se induce en la formación intelectual de las niñas. Por contraposición al ideal masculino, que se supone independiente, agresivo, competitivo y controlado emotivamente, la feminidad comporta pasividad, falta de agresión, dependencia, ausencia de competitividad y supervaloración de lo sentimental sobre lo reflexivo. Estas características no están predeterminadas biológicamente, sino encauzadas y estimuladas cuando se ajustan al modelo y reprimidas en caso contrario. Esto vale para ambos sexos, con la diferencia de que las características masculinas hacen posible el movimiento cambiante de la vida, mientras las femeninas están destinadas a reproducir la vida, no a cambiarla.

• La socialización del intelecto femenino

Es conocido por los educadores y los padres de niños de ambos sexos que las niñas son mejores alumnas que los varones en la escuela primaria. Desde la pubertad la mujer comienza a conquistar la femineidad. La dependencia de los adultos que tiene todo niño para su bienestar físico y adquirir conciencia de sí mismo es considerada natural en la niña que llega a la adolescencia, mientras que en el varón esa dependencia es considerada femenina y es incitada a abandonarla. El varón aprende a ser masculino. Los modelos que la cultura ofrece en la historia, en la religión y en la sociedad de todos los tiempos son modelos masculinos. La adolescente no puede desarrollar mecanismos de resistencia que le permitan encontrar en sí misma razones de autoestima. Lo más probable es que continúe dependiendo de la estima de los otros, sobre todo de los hombres. La necesidad de aprobación por toda la familia, por sus maestros y sus compañeros ahoga el espíritu competitivo, no tiene interés en el éxito porque teme que éste pueda acarrearle la hostilidad de quienes esperan que se comporte como una verdadera mujer.

A cambio de enterrar su agresividad competitiva, la sociedad le ofrece un sucedáneo: la sublimación de sus aspiraciones en el amor conyugal y en la mater-

nidad, y aunque algunas mujeres no desisten de dedicarse a una actividad creadora se enfrentan al conflicto interior entre la vocación y la necesidad de conformarse con el estereotipo femenino. La ambivalencia de esta situación, el deseo de agradar, la agresividad disimulada y la necesidad de eludir el éxito que podría molestar al hombre con el que comparte la vida, condicionan el comportamiento profesional e inhiben el desenvolvimiento personal. Sólo muy excepcionalmente podrá la mujer alcanzar el estado de disponibilidad y demostrar la audacia que la actividad creadora exige. No estará preparada para la concentración absorbente que demanda el trabajo científico.

Como no puede resolver el problema, aquella mujer que elige la profesión científica cree solucionarlo aceptando trabajos que están por debajo de su capacidad. Dedicar menos horas al laboratorio y se siente culpable de dedicar menos tiempo al rol doméstico. El resultado es un menor rendimiento, una capacidad desaprovechada.

• La comunidad científica discrimina a la mujer

El trabajador científico es miembro de una comunidad que procura el progreso del conocimiento y también la visibilidad. La recompensa del investigador es ser reco-

nocido por sus pares. Si sus resultados no son socializados su esfuerzo pierde mucho de su valor. Al ser una disciplina mayoritariamente masculina los equipos están formados por varones y los trabajos llevan generalmente la firma del jefe del equipo. En 1962, J. Watson, F. Crick y M. H. Wilkins obtuvieron el premio Nobel por uno de los más grandes descubrimientos del siglo: la determinación de la estructura del DNA, la molécula portadora de la herencia. Sin embargo, el trabajo experimental más importante fue realizado por la doctora Rolandid Franklin. En su libro *La doble hélice*, que trata sobre el descubrimiento, Watson relata cómo maniobró para obtener el resultado de las investigaciones de Franklin sin que ella se enterara. Escribió esto después de la muerte de la científica. No es una excepción este caso. En 1967, Jocelyn Bell produjo uno de los acontecimientos más importantes en la historia de la astrofísica al descubrir unos cuerpos celestes de pequeñas dimensiones y enorme densidad que emiten radiación en forma intermitente. El premio Nobel lo obtuvo A. Hewish, el astrónomo bajo cuya dirección trabajaba Joselyn Bell. En 1912, Sabina Spielrein, una rusa discípula de Freud y vinculada a Karl Jung, publicó un artículo en el que por primera vez aparece la idea del impulso de muerte y su relación con el impulso sexual. Jung y Freud utilizaron sus contribuciones sin reconocer nunca a la autora. Así se escribe la historia. Se hace necesario reescribirla en base a la verdad del aporte de la inteligencia femenina a la ciencia. □

El Informador

Público

Director: J. Iglesias Rouco
Editor responsable: Francisco Reboredo
Secretario general: Luis Sicilia

Año 5 - Nº 232
Viernes 8 de marzo de 1991

COLUMNISTAS

Agustín Pérez Pardella
Guillermo Frugoni Rey
María Elena Oddone